

EL ESPEJO Y LA MÁSCARA

Se decía que aquella espada era capaz de conceder poderes extraordinarios a quien la poseía. Pero, ¿qué clase de poderes? No importaba. Eso no era trascendente para uno de sus actuales pretendientes, el magnate brasileño Joao Pires. Él ya tenía todo lo que podía desear: un conglomerado de empresas, multitud de fincas y terrenos, casas, coches... Desde hacía muchos años, Joao se dedicaba a coleccionar objetos de arte y antigüedades. La acumulación de riqueza ya había dejado de entusiasmarle y ahora únicamente le quedaba un placer en la vida: el deseo de ser envidiado, y eso pensaba que lo estaba conseguido plenamente.

Cuando fijó su atención en aquella espada que sería subastada en una reunión privada, le bastó saber a Joao que costaba mucho dinero y que algunos de los más grandes coleccionistas del mundo querían hacerse con ella. La leyenda sobre los poderes de la espada le parecía un simple reclamo para atraer publicidad y hacer subir así el precio de las pujas.

La clásica ficha que acompaña habitualmente a los objetos de subasta: descripción, procedencia, antigüedad, precio de salida, no había podido completarse en el caso de la espada. No había ninguna referencia ni mención cronológica a ella anterior a mediados del siglo XIX, cuando, según se decía, un anticuario holandés la había comprado a un viajero de rasgos mongoles. Nadie había conseguido calcular la antigüedad que podía tener la espada ni conocer su lugar de procedencia. Y no había sido por falta de medios, ya que la espada había pasado por tres de los más avanzados laboratorios especializados en datar objetos antiguos. Lo único cierto era que su composición y la forma en que había sido forjada no la hacían asemejarse a ningún otro objeto conocido.

La subasta se celebraba en Londres. Mientras tanto, a 8000 kilómetros de distancia, en su mansión de Bellafonta, Joao establecía una conferencia telefónica con alguien de su máxima confianza, Gilberto Sousa, que era la persona que estaba físicamente presente en la sala de subastas. Este era el procedimiento habitual en este tipo de subastas privadas. Los pujadores mantenían así el anonimato sobre su aspecto físico, aunque paradójicamente todos conocían al dedillo las posibilidades económicas y cartera de pertenencias de cada uno de sus rivales. La subasta comenzó puntualmente y tras diez minutos, a lo largo de los cuales hicieron sucesivas ofertas, Joao se limitó a dar una orden a su empleado para que

pujase por el doble de la última puja. El resto de los pujadores entendieron rápidamente que no tenían ninguna posibilidad de hacerse con la espada y ésta fue adjudicada al ‘señor de la pajarita marrón’, Gilberto Sousa, que se limitó a hacer un gesto de asentimiento al director de la subasta.

Un rápido transporte en avión privado hizo que al día siguiente Gilberto pudiese poner en manos de Joao Pires su última adquisición. No hubo ningún tipo de ceremonia en la entrega. Gilberto saludó con parquedad a su jefe, dejó sobre una mesa el sencillo maletín de madera que contenía la espada y desapareció por la puerta para seguir con sus tareas.

Joao abrió el maletín y observó detenidamente la espada. Su construcción era bastante sencilla; un único cuerpo metálico en forma de cruz de aproximadamente un metro de largo, sin incrustaciones de piedras preciosas o cualquier otro objeto. Lo que más extrañó a Joao, si como se decía la espada era tan antigua, era que se conservaba en estado impoluto; ni muescas, ni arañazos. Únicamente, una especie de sello con forma de espiral grabado en la empuñadura matizaba la sobriedad de la espada. Joao se sintió bastante decepcionado; esperaba mucho más de un objeto que le había costado tanto dinero. La próxima vez no sería tan generoso en la puja –pensó–. Con ganas de apartar este asunto lo antes posible de su cabeza, cerró bruscamente el maletín y lo depositó en una vitrina de la librería.

La vida de Joao Pires, como la de todo rico coleccionista, podía dar mucho juego a los fanáticos de las celebridades y los adictos a los chismorreos. Al igual que dinero, le sobraban todo tipo de manías y excentricidades, pero como una de las veinte mayores fortunas del mundo bien podía permitírselo. Sus enemigos también le adjudicaban una buena dosis de soberbia y crueldad. Y, por atenernos a la realidad, no se le conocían amigos, tan sólo partidarios; personas con las que establecía una relación de recíproco beneficio. Joao poseía cinco grandes mansiones repartidas a lo largo y ancho de Brasil. Cada una de ellas había sido construida intentando recrear el espíritu de un determinado continente: América, Europa, Asia, África y Oceanía, y en cada una de ellas guardaba los objetos de su colección que procedían de estos lugares. La otra mansión de Joao era Bellafonta. Allí era donde vivía habitualmente, entre